#### LOS TRABAJADORES DEL HIELO

Después de unos cuantos días de temperatura primaveral, he aquí de nuevo el frío intenso y seco. En el horizonte resplandece con luces mortecinas de cirio un sol de forma fantasmagórica. El cielo está verde, deliciosamente verde, como un lago, como un *Fjford* apacible, con suavidades sedosas en su matiz... Y metidos en nuestros abrigos vamos por las calles sin rumbo fijo, saboreando la cruel voluptuosidad del soplo polar que muerde el rostro y que con sutilezas de aguja penetra por el cuello, por las mangas. Bajo nuestros pies, la nieve cruje vidriosa. Es la buena nieve que endurece las aguas de los canales y que convierte el Neva en mina de témpanos.

- ¿ Queréis venir? Es muy curioso.

Allá vamos, y apenas comenzamos á contemplar el espectáculo, una inmensa melancolía nos invade. Ante penas como éstas, se comprende la exaltación piadosa del alma rusa. Son infiernos helados los que el poeta tiene á la vista sin cesar. Y hay en esos trabajadores tal tristeza, tal abatimiento, tal miseria, que con sólo verlos toda dureza sentimental se funde. Metidos entre pieles sucias y peladas, con las manos enguantadas en sacos de lana, extraen la nieve en témpanos cuadrados. Al golpe de sus picos saltan, hirientes como cristales, duras como cristales, las heladas astillas. A veces, en las rudas caras, entre los arreboles del frío, una mancha algo más encendida

aparece: es sangre, sangre que se coagula, sangre que se endurece. Y el pobre trabajador, impasible, sin un gesto, sin una crispación, se detiene un punto. Siente la herida. Con un puñado de nieve se la lava. Luego, otra vez á la labor.

: Los trabajadores del hielo!

No comprende uno por qué el gobierno ruso se empeña aún, cuando quiere atormentar á alguien, en mandarlo á las minas de Siberia. Con hacerle cortar témpanos en el Neva, tendría bastante para saciar la más voraz venganza. Porque no hay entre las penas dantescas un jardín de suplicio comparable á esta blanca llanura.

## OTRA VISIÓN DE MISERIA

- ¡Ya veréis cuán curioso!

Y nuestro trineo seguía su carrera por las márgenes de la Fontanka helada, dejando atrás los barrios ricos, las avenidas palaciegas, las plazas monumentales... Y muy lejos, muy lejos, allá en el fondo de un suburbio sórdido, detrás del monumento de la Gloria, casi al pie de la popular basílica de Ysmailof, vimos al fin una puerta adornada de iconos.

- Aquí es; entremos.

Entramos. Al principio fué un pasaje, un pasaje pobre, algo como el Temple de París, una especie de Rastro lleno de puestos de cosas viejas, un bazar de trapos usados, de joyas falsas, de cuadros descoloridos, de armas incompletas, de objetos heterogéneos, atrayentes por su misma miseria.

Nos detuvimos ante cada vidriera. Entramos en muchas tenduchas. Vimos en montones extravagantes, mezclándose cual frutos de saqueo, los Cristos de plata y los samovares de cobre, las dalmáticas recamadas de oro de las iglesias ortodoxas y las medias de seda color de rosa Dios sabe de qué pecadoras, las mantas de los más humildes lechos y los encajes principescos, los puñales del Cáucaso, bellos como joveles, y las ruedas sueltas de las máquinas de coser, los pergaminos historiados y las entregas de las modas elegantes. Gozamos como exploradores en muchos sitios. Examinamos con desconfianza los objetos que nos parecían hallazgos, y siguiendo el sapientísimo consejo baedekeriano, regateamos á la manera judía, ofreciendo veinte kopeks por lo que costaba un rublo. Los vendedores, ávidos é indecisos, juraban primero que no podía ser; luego hacían una rebaja; en seguida corrían detrás de nosotros para decirnos que sí... Y sempiternamente, la misma salmodia alzábase de sus labios, mientras ataban el paquete:

— Más caro lo pagué yo, caballero; pero los tiempos son tan difíciles...; hay tanta pobreza!...

En el fondo de obscuras barracas, mujeres pálidas de perfil semítico hacíannos gestos desesperados invitándonos á entrar. Tenían, para ofrecernos, pastillas perfumadas, pastas de afeites, pañuelos de seda, flores artificiales y además ¡oh! además misteriosamente, abriendo mucho los ojos, acercando los labios á nuestros oídos, además, tenían talismanes amorosos, filtros mágicos, amuletos encantados.

Es la más grotesca, la más cómica de las ferias. Pero apenas habíamos acabado de decirlo, cuando nos encontramos en el umbral del inmenso patio que constituye el verdadero chtchukine, es decir, el « mercado de los piojos », el antro raro y característico de la miseria petersburguesa, la corte de los milagros moscovita, la ciudad doliente y pestilente.

Comparado con aquello, lo anteriormente visto en las barracas del pasaje nos pareció rico, cual bazar de Mil y una noches.

Porque no hay, no puede haber en el mundo, ni siquiera en los ghetos de Africa un igual espectáculo de asco y de piedad. En el aire, los olores de la manteca rancia, de los harapos húmedos y de los pescados podridos, mezclábanse para hacer irrespirable la atmósfera. La nieve misma del suelo, negra, espesa, parecía exhalar un aliento de descomposición. ¡ Y qué decir de aquella hormigueante masa! ¡Cómo pintar aquella multitud famélica, aquel populacho de ciudad medioeval en tiempo de peste, aquel rebaño descolorido, sin esperanza, casi sin vida, animado no más que por el instinto supremo de la animalidad y sólo sensible á esos dos acicates asiáticos que son el hambre y el frío!; Cómo deciros siguiera de qué se vestían, con qué se calzaban! Ni aun en las escrupulosas descripciones de los ejércitos hunnos existe

un catálogo capaz de servir de guía para tal enumeración. Ninguna prenda era de una sola tela. Había pantalones que, con sus perneras de diferentes colores, cual los de Arlequino, habrían hecho reir, si no hubieran hecho llorar. Las pieles de las monteras, pieles asquerosas, sin un solo pelo, tenían remiendos de paño.

Las faldas de las mujeres, muy cortas por lo general, eran á veces pedazos de alfombras, restos de cortinas. En cuanto á los zapatos ¡oh, miseria de las miserias! los zapatos para el hielo perpetuo solían no ser sino de trapos que envolvían los pies. Y para ahondar la sordidez, había entre todo aquello manchas vivas de color, producidas por alguna pluma adornando un sombrero femenino, alguna casaca de teatro cubriendo el cuerpo de un mendigo.

— Entremos hasta el fondo — díjonos nuestro guía — veréis lo que se vende.

Sin dar muchos pasos lo vimos. Lo vimos y nos volvimos atrás. Eran, entre calcetines viejísimos, pedazos de pan, junto á fragmentos de pieles innobles, pescados secos. Era lo más increíble, lo más horrible. Era aquello que está antes de la muerte de frío y de la muerte de hambre. Era, para evitar la podredumbre de la tumba, la podredumbre de la vida.

Y lo más espantoso es que, entre aquellos seres, había muchos, muchos, que contemplaban los harapos y los mendrugos con impotente deseo, con vano anhelo...

## LA OBSESIÓN DE SIBERIA

Es el infierno de los que piensan. Cuando un poeta tiene un sueño de libertad, de dicha nacional, de ventura piadosa, ve á lo lejos, en una bruma helada, á una mujer que poniéndose el índice sobre los labios le obliga á callar. Es la imagen de Siberia. Y cuando, en los tímidos arrebatos del alma altruísta, un escritor siente que acuden á su pluma palabras de justicia, de verdad, de reparación, una mano invisible detiene su brazo: la mano de Siberia.

En la corte misma, entre los favoritos; en los « boudoirs » donde triunfan las sonrisas femeninas; en medio de las intrigas galantes y de las maquinaciones políticas; en la antecámara imperial, al pie del trono, la palabra siniestra, sin cesar, suena con sus sílabas de hielo.; Tú, princesa rubia, que aun crees en la virtud, y en el amor; tú, que adoras á tu marido el esbelto capitin de la guardia, ten cuidado! Un gran duque te ve con ojos de oso tierno. Si no le sonries pudiera ser que se descubriese mañana un « complot » en el cual tu padre aparecerá comprometido. ¡Siberia! Y tú, paje noble, tú, que sirves á los infantes con elegante humildad, tiembla de sólo pensar que un día una sobrina del César puede ver con complacencia tus ojos azules y tus labios rojos. Para hacerte olvidar, ahí está Siberia. ¡Pero, qué digo! Tú mismo, gran chambelán, y tú duque secretario, y tú ministro omnímodo, y tú general

#### E. Gómez Carrillo

glorioso, todos vosotros los que servís de rodillas al Santo Tirano, vosotros y vuestros hijos, ¿ no os estremecéis acaso con frecuencia pensando en que mañana una calumnia cualquiera puede hacer enganchar el trineo que va hacia la blanca Siberia?

Justamente, he aquí un libro en el cual se refieren los tormentos de los más nobles « deportados ». Y no es un libro de poeta, no es una novela de visionario, no es un estudio de almas atormentadas, como los de Korolenko. Su autor es una dama que jamás tuvo aficiones literarias; pero que, contando con sencillez lo que sufrió y lo que vió sufrir, ha sabido realizar el milagro de la suprema belleza! ¡ Cómo palpitan en sus páginas los cielos níveos del Asia! ¡ Cómo se retuercen los condenados del infierno helado!

Oid. La que habla es la princesa María Wolkouski, dama de honor de la zarina, que siguió á su marido en su destierro. « Los deportados — dice — trabajaban en la mina desde las cinco hasta las once de la mañana. El resto del día pasábanlo en la prisión, que era el lugar más inmundo que puede soñarse. Mi marido ocupaba, en compañía del príncipe Trubetzkoi y de otro noble, una celda de 2 metros 13 centímetros de largo, por un metro 42 centímetros de ancho, tan baja de techo, que ni yo misma podía ponerme en ella de pie. Al llegar, cuando el director del presidio me condujo á aquel sitio, no vi nada. Mi Sergio se precipitó hacia mí, y el ruído de sus cadenas me desgarró el corazón, xaltándome hasta hacerme arrodillar ante él y

besar sus pies descalzos y besar sus grillos. Viendo aquella escena, el carcelero abría la boca, sin poder comprender cómo una mujer libre, noble, joven, inclinábase así ante los hombres á quienes él trataba peor que si hubieran sido perros. »

Verdad es que este es el régimen de rigor que no se emplea sino durante los dos primeros años, con el objeto de matar toda energía en el alma del deportado. En cuanto los informes del carcelero establecen la conquista de la humildad, San Petersburgo da la orden de traslación á una ciudad sin presidio y sin minas, en la cual los desterrados sólo barren las calles y edifican los edificios públicos con un frío de 45 grados. Los fuertes resisten. Los que están sostenidos por una fe inquebrantable no mueren. Ahí está Korolenko, que vive aun, que aun tiene ilusiones, que aun cree en el advenimiento de la libertad. Y para el futuro quedan muchos todavía que irán y que volverán. Queda Gorki á la cabeza de ellos. Porque estos regímenes espantosos que matan las voluntades vulgares, que envilecen el alma de las masas, tienen por lo menos la virtud de crear temperamentos inflexibles y de encarnarlos en carne de mártires.

### LOS MÁRTIRES DEL PERIODISMO

Vosotros, mis hermanos, que os quejáis amargamente de las dificultades del oficio; vosotros, los que de vuelta de un viajecillo de dos semanas tenéis necesidad de descansar; vosotros los que, ante las dificultades que un gobernador os opone para lograr una noticia, os sentís desalentados; vosotros, los que veis con inquietud la perspectíva de unas diez horas de ferrocarril, venid á San Petersburgo á tomar lecciones de fe, de paciencia y de resignación.

No hay hotel, en efecto, en esta metrópoli polar que deje de alojar á varios periodistas venidos de lejos con el objeto de ir hasta Manchuria, y detenidos aquí por los trámites que se necesitan antes de obtener permiso, el pasaporte, el salvoconducto, el billete y el visto bueno.

Llegar hasta aquí, es como ir de Madrid á París. Lo de las aduanas es una broma. No son más molestas que las de Hendaya ó Irún, os lo aseguro. Los carabineros, finísimos, apenas tocan los equipajes. Y en cuanto á los pasaportes famosos que los visionarios pintan como papeles terribles llenos de sellos, de rúbricas, de señas y de contraseñas, los pobres pasaportes, son un sencillo papel en que un cónsul ruso pone su firma y que en las aduanas un empleado ve sin gran cuidado y sella desdeñosamente.

Lo difícil es pasar de aquí con rumbo hacia el país misterioso de la tragedia rusojaponesa. En cuanto alguien habla de tomar el Transiberiano, las caras de los funcionarios cambian.

— ¡ Veremos! — exclama el jefe del servicio de la prensa extranjera. Y su rostro risueño palidece, y sus ojillos tártaros, amables, se tornan sombríos.

Lo primero que se necesita es una información hecha por la embajada rusa en el país originario del « solicitante ». Pongamos quince días, contando con la ayuda de la Providencia. Una vez establecido que no se trata de un espía japonés ni de un oficial británico, ni siquiera de un marino yanqui, el periodista tiene derecho á dirigir al gobernador Trepoff un memorial razonado, indicando los sitios que desea visitar y los asuntos que se propone tratar en sus escritos. El ilustre tirano de la metrópoli llama al jefe de la policía especial y le encomienda una enquête sobre el « solicitante ». Desde aquel día, el pobre hombre no vuelve á estar solo ni un minuto. En el hotel, en el teatro, en la calle, en todas partes, un hombre metido en un gabán de pieles le sigue, le acompaña, se acerca lo más que puede, lo examina, lo analiza, lo pesa, lo mide, lo olfatea. Y pasan otros quince días. Y contando siempre con la Providencia, el informe es bueno. El gobernador da al ministro una nota favorable. El ministro acuerda el permiso. El periodista se dice: « ¡ Alabado sea San Isaac, patrón de San Petersburgo! » Pero en cuanto quiere dar un paso, nota que aún es preciso esperar; ¿sabéis qué? Nada menos que la « confirmación del permiso », firmada por Kuropatkin. Allá van las hojas, pues; allá van á la ciudad lejana en que el estado mayor prepara sus planes terribles; allá van en un ferrocarril que pone veinte días para llegar; allá van mientras el periodista sigue

esperando. ¡Y en San Petersburgo, el que menos gasta, si quiere tratar de saber algo de lo que pasa y no estarse encerrado, tiene que hacer un presupuesto ¡ cien francos diarios! — Eso sería lo de menos — me dice Jean Rodes, que es quien me cuenta su odisea y la de cien compañeros de desgracia; — lo importante es que perdemos por completo la noción de lo que pasa en el teatro de la guerra, pues aquí, para no parecer sospechosos, estamos condenados á no leer sino periódicos oficiales y á huir como de la peste de las compañías sospechosas... Así yo no me atrevo á leer sin esconderme mi propio periódico, Le Matin, de París.

#### EN EL ACUARIO

- Esta noche vamos á consagrarla á un viaje por el país de la alta galanterfa.

Y, durante el trayecto, nuestro bondadoso cicerone nos daba pintorescos datos, hablandonos de las fiestas estupendas del restaurant del Oso y del restaurant Donon, de las mascaradas interminables, del concierto de Apolo, de los cortejos primaverales de las Islas, del Acuario, en fin, y de sus gabinetes particulares.

— Este último — decíanos — es el más característico. Por eso os llevo allí depreferencia. Es al mismo tiempo un *music-hall* y una taberna de lujo, algo como Folies-Bergère, que fuese un Maxims, un templo de Venus y de Baco al cual acuden los más nobles y los más ricos devotos, dispuestos á todos los holocaustos. Porque en

Rusia la borrachera es un mal aristocrático. No hay gran duque, ni gran almirante, ni gran general, que haga ascos á las botellas. Lo único que exige la etiqueta es que la borrachera sea cara. Los que beben vodka son despreciables. En cambio, puede beberse champaña sin medida. « En los cafés cantantes — dice Giffard — se ve la universalidad de la borrachera. » Y Giffard es de los que no exageran. Ya veréis. Hoy, justamente, es día propicio. Entremos.

Lo primero que nos chocó fué que la entrada no costase nada. Luego, ya en el interior, sentados ante una mesita de mármol, nos creímos en un concierto alemán. Por todas partes, comiendo enormes chuletas y bebiendo chopes espumosos, las parejas idílicas parecían tan ajenas á la poesía como á la perversidad. Eran, lo mismo que en los cafés de Humburgo y de Berlín, empleados de comercio y costureras, gente apacible, corazones modestos. El espectáculo del escenario parecía preocuparlos más que sus deseos amorosos. Comían, bebían, oían, veían; y estando uno al lado del otro, amándose probablemente, hubiérase dicho que ni siquiera se conocían. Los oficiales mismos, en grupos reducidos, guardaban la mayor compostura.

- ¿ Aquél es un general ?... Nuestro guía se echó á reir.
- Es un portero murmuró.

Su pecho, sin embargo, ostentaba veinte cruces y en sus mangas el oro cubria el paño.

- ¿Y aquel otro, muy joven, con un tricornio y un espadín, de seguro es un alférez?

- Aquél es un estudiante.

Entonces callamos, temerosos de seguirnos equivocando y nos contentamos con examinar los infinitos uniformes que pasaban. Los había negros con adornos blancos, rojos con bordados verdes, amarillos con cintas azules. Los había de corte casi asiático, con anchos pantalones turcos y chaquetas cortísimas; los había magníficos cual trajes de carnaval, llenos de encajes áureos, coronados por morriones de pieles blancas; los había de una sencillez de guardia nacional. Pero, eso sí, todos aquellos uniformes encerraban seres muy apacibles.

- Aquí - nos dijo nuestro cicerone - estamos en el hall de las familias. Los que quieren divertirse, se encierran en los « salones », como ellos dicen, es decir, en los gabinetes particulares. Una vez allí se acabó la gravedad. Del fondo de los aristócratas, de los magnates, el señor feudal surge, cruel y exigente. Ante su voluntad todo debe doblegarse. Para eso paga. A los camareros los trata como esclavos, y á las mujeres las trata, peor aún. ¡Ah; no es fácil formarse idea de lo que aquí les cuestan, á las reinas de Citerea, sus encajes y sus diamantes! Cualquier duque puede disponer de las artistas de cualquier teatro. Los empresarios son galeotos. Y no hay ley, no hay policía que impida el odioso tráfico. En cuanto uno de esos grupos se pone de acuerdo sobre la belleza de una de las chicas que cantan, ya se sabe: toman un salón y llaman al gerente. «¡Champaña y el número tantos! » Porque para ellos las mujeres no tienen nombre: no tienen más que el número con que figuran en los programas. ¡Y el número tantos tiene que acudir! ¡Y tiene que beber!¡Y tiene que prestarse á todos los caprichos! Las rebeldías son raras.

Las pobres saben que si disgustan á esos grandes señores, el empresario las echará, obligándolas á pagar una indemnización ó haciéndolas encarcelar con cualquier pretexto. Hace apenas quince días una bailarina americana se negó á bailar en la intimidad, ante tres ó cuatro personajes borrachos. Los bárbaros comenzaron por maltratarla brutalmente. Luego, para evitar reclamaciones, la acusaron de haberles robado un alfiler de diamantes. Como se trataba de una mujer enérgica que supo hacerse proteger por su cónsul, hubo un escándalo. ¡ Pero si supierais lo que se hace con las rusas, que no tienen recursos diplomáticos, ó con las españolas ó con las italianas! Yo he visto á más de una bella sevillana llorar, con el traje roto y con el cuerpo herido, en esos pasillos misteriosos.

#### LA CASA DEL POETA

Una sala sencilla amueblada con exquisito modernismo. Dos divanes muy bajos, unas cuantas butacas, una *bergere* cubierta de sedas asiáticas. En las paredes cuadros impresionistas, efectos de nieve, puestas de sol. Y allá en el fondo, cual un icono, el retrato de Tolstoi con los pies descalzos.

- Espere usted - me dijo la doncella.

Pasó un cuarto de hora. La impaciencia principiaba á invadirme. Al fin una puerta se abrió.

Pero no era él, no. Era una mujer vestida de negro, joven, morena, muy elegante y muy bonita.

— Mi marido — me dijo — está aún en la fortaleza de San Pedro y San Pablo. Le han engañado á usted diciéndole que ya había sido puesto en libertad. Si tuvieran intenciones de graciarlo, es probable que habrían comenzado por acceder á mi solicitud.

La esposa de Gorki se sentó en la bergere. Sus ojos negros, lucientes, en los cuales se veía; más que penas, rencores, contemplaron largamente una fotografía.

Es él — murmuró entregándome el cartón.
Y efectivamente, era Gorki, el dulce vagabundo,

al lado de su maestro el viejo profeta.

— Puede usted guardársela; á mi marido le gusta que esta imagen circule por el mundo... Se le figura que al lado del conde gana en prestigio su figura... Además, es supersticioso y cree que la compañía del hombre á quien tanto venera le hará tener suerte... Son cosas de niño... El es así, muy bueno, muy sencillo... Y, sin embargo, ya usted ve que le acusan de toda clase de crímenes, de crímenes románticos, de complot contra el zar, de provocar rebeliones militares... Y todo, ¿sabe

usted por qué? Porque pretenden haber encontrado el borrador de una carta suya dirigida á los oficiales, una carta que debe ser falsa, tal vez un fragmento de novela. ¡Dios sabe!... Porque yo no he podido verle sino una vez en el locutorio de la fortaleza, entre esbirros y centinelas. Él me dijo: « No tengas pena, estoy muy bien; tengo la conciencia tranquila; estoy muy bien, muy bien. » Pero yo comprendí que no era cierto... yo comprendí que tenía frío... yo comprendí que sufría mucho; lo comprendí viendo sus ojos.

La emoción crispaba los labios de la esposa indignada. Sus manos pálidas y finas, arrugaban nerviosamente un pañuelo. En los bordes de sus párpados parecía temblar una lágrima.

Y hubo un silencio muy largo que yo no me

atreví á romper.

— Lo único que he pedido es que le permitan escribir y abrigarse... Es muy natural, ¿ verdad...? Pero ni eso he podido lograr; ni eso ni nada. Y es que le quieren mal. Porque no datan de ayer las persecuciones. Cada vez que hay un pretexto lo molestan. ¿ Se acuerda usted de la historia de la academia? El pobre había sido elegido por una inmensa mayoría. En cuanto el gobierno lo supo, hizo anular la elección sin explicar por qué: porque sí, porque le dió la gana. Entonces Korolenko puso su renuncia. ¡ Qué gran alma! Los demás se callaron y eligieron á otro, como si se tratase, de un simple funcionario.

La fisonomía de la mujer de Gorki había cam-

#### E. Gómez Carrillo

biado. Ya no había en ella penas ni rencores visibles. Sus labios y sus ojos decían la ironía más honda y el desprecio más sincero. Veíase que para aquella compañera del hombre libre, la complicidad de todos los que pudiendo protestar callaban, de los que debiendo alzar la frente se humillaban, era un espectáculo grotesco y cruel. Así, cuando hablamos, ya al final, de la noble espontaneidad con que en España, en Francia, en Italia, en Bélgica, en todas partes los escritores piden la libertad del gran novelista, ella, la rusa desilusionada, murmuró:

- En todo el mundo, sí, menos aquí...

# INDICE

SI zar que tiembla	1
Los grandes Duques	3
Devociones Rusas	6
El gran Inquisidor	15
Gapón y sus aventuras	5
Los Estudiantes 6	7
Los Obreros	31
Los Campesinos	)1
La Prensa	)7
El Partido socialista ruso	5
La elocuencia de los números	17
Los Armenios	1
Los Judíos	3
Por la Constitución	9
Paisajes rusos	3